

EL GUARDIERO

Por Anselmo Suárez y Romero.

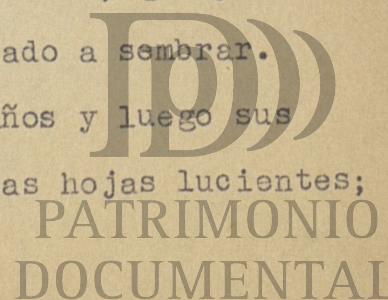
Quando se acerca el crepúsculo, amigo mio, un peso enorme me agobia el corazón. Los árboles se van poco a poco obscureciendo, los pájaros se ocultan entre las ramas, se ven grandes trechos de sombras en la tierra, comienza a correr un airecillo suave, y las pencas de las palmas a suspirar blandamente. Tal vez la luna, pálida todavía, se alza por entre los penachos de un palmar, y luce sobre nubes de nácar la estrella de Venus como los ojos de una hermosa en su nítida frente. Los negros entonando sus canciones cortan yerba, el contramayoral los aviva con sus gritos, las cascadas del río se perciben más sonoras, y las lechuzas, aleteando entre las ramas de algun mango, se preparan a cruzar el plateado mar de la luna como brillantes copos de nieve. En esta hora solemne busco un bosque de cañas bravas, las márgenes de un arroyuelo, o el limpio del bohío vara en tierra de un anciano guardiero. Oyendo el concierto de las hojas, viendo deslizarse las aguas, y conversando con el negro que cuida hoy una tranquera, y que, cuando yo no había nacido, tumbaba, robusto como un atleta, cedros y ácanas donde ahora se extienden verdes campos de caña, me estoy hasta que por todas partes se han esparcido las sombras de la noche. Entonces me encamino hacia las casas, y, en vez de buscar tregua a mis cavilaciones en el reposo del sueño, corro al trapiche, me siento en la rampa iluminada por la luna, y allí permanezco muchas ocasiones, meditando, mientras dura el cuarto de prima.

Ahora tardes me preparaba a una de mis excursiones. Había ya

PATRIMONIO DOCUMENTAL

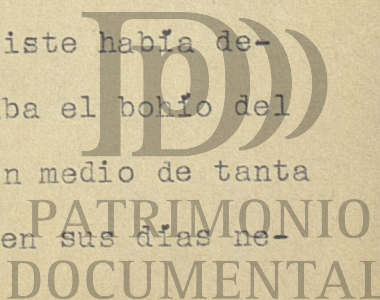
salido del batey e internándome en una arboleda que va a morir a orillas del río. Algunos criollitos saltando y gritando me acompañaban, y yo condescendiente, porque su júbilo me distraía, los dejaba brincar y dar gritos. A las voces una hermanita mía echó a correr desde la casa de vivienda, nos alcanzó, me abrazó riéndose, y me rogó que la dejase acompañarme. Iba vestida de blanco como una paloma, su cabello color de avellana la caía en dos largas trenzas sobre la espalda, y habíase puesto por juguete un collar de maravillas blancas y encarnadas. Se adelantó corriendo por la yerba, arrancando flores, mirando los pájaros, y modulando una tras otra canciones diferentes. El sol se ocultaba con majestuosidad, y cada vez más encendidos sus rayos, parecía que sobre las flores, las yerbas y los árboles derramaba una niebla de oro. Por entre las ramas y los troncos salían aquí y allí manojos de luz, y mi hermana al cruzarlos, bañada en su fúlgido tinte, imaginábame que era dulcemente acariciada por el sol de Cuba. ¡Ay! su corazón limpio aún como una gota de rocío; aquel rostro angelical, riente, diáfano; aquella alegría de la vida que bañaba todos sus movimientos; el inocente himno que su alma entonaba cuando corría tras de los tomeguines, cuando suspendida en la punta de los pies como un zumzum en sus aéreas alas, se detenía con los ojuelos abiertos a escuchar el ruido de una yagua cayendo; bien merecían, más que otras muchas cosas, ser alumbradas por el sol de Cuba al posarse en su lecho de nacar, de diamantes y topacios.

Ibamos por una guardarraya de naranjos y de palmas, que yo mismo, en los días alegres de la infancia, había ayudado a sembrar. Los naranjos se cubren ya de azahares todos los años y luego sus aéreas frutas resaltan sobre el verde oscuro de las hojas lucentes;



y las palmas, esbeltas y blancas como yeso, con sus pencas ondulantes y rizadas, con algun cernícalo en la punta del cogollo, con algun carpintero abriendo agujeros en los troncos, dejan caer de cuando en cuando una yagua, que recogen los guardieros para dormir. El espacio de los naranjos a las palmas está sembrado de flores de jericó; el viento las había sacudido, y sus pétalos sin fragancia, pero de tan vivo color, esmaltaban la tierra, allí encendida como almagre. Paralelas a esta guardarraya había otras dos, más angostas, de cañas bravas, las cuales nunca se cortan, y como bañan sus raíces dos venas de agua sacadas del río, era tanta su frondosidad y lozanía que dobladas como arcos se entrelazaban por arriba formando un pabellón espesísimo, o venian a caer sobre la misma agua; las hojas secas alfombraban la tierra; y ni una yerba siquiera crecía entre ellas. Mi hermana y los criollitos buscando la claridad y el espacio corrían por la guardarraya de palmas y naranjos. Yo los seguía poseído de un inocente gozo, hasta que imágenes menos risueñas y cándidas cruzaron como un rayo por mi mente, y ya no pudieron bastar para las fruiciones de mi alma ni el alborozo de los niños ni las flores de jericó. Queriendo sacudir aquellas ideas, volví los ojos al cielo, miré sus listones de grana, el azul puro y limpio que pronto iba a rutilar con mil y mil estrellas, las albas nubecillas; pero entónces nada me distraía, porque escuchaba el ladrido del perro de un guardiero, y los gritos de éste espantándolo.

Dejé precipitadamente la guardarraya de palmas y naranjos, y entré en una de las de cañas bravas. Una sombra triste había debajo de ellas, y a su fin, en el limpio donde estaba el bohío del guardiero, se veía una mancha rojiza de sol, que en medio de tanta oscuridad me parecía la poca luz de esperanza que en sus días ne-



bulosos alumbraba la vida de algunos hombres. El duardiero con su gorro de lana en la cabeza, apoyado en un alto bastón de caña brava, encorvado con el peso de los años y de los trabajos que desquician mas la vida que los años, hallábase de pié junto a la puerta de su bohío. Un montón de gallinas le rodeaba, y él, llamando a las que aun no habían llegado, desgranaba una mazorca de maíz. De vez en cuando se agachaba y seguía desgranando, algunas gallinas hambrientas le saltaban a los hombros, otras venían a comer casi en sus manos, él entonces extendía velozmente el brazo, cogía por las patas a alguna, se desparramaban todas las otras, y luego volvían a su derredor. Un perrito flaco, de aguzado hocico, manchado de blanco y negro, de orejas paradas, ladraba desde la puerta, a la cual estaba atado con un arique; unas veces impaciente saltaba para correr, otras se sentaba, ahullaba, descansaba un instante la cabeza entre las patas, y, al cacareo de una gallina, volvía de nuevo, saltando de improviso, a ladrar con más fuerza y petulancia que antes. Desde la corta distancia que me hallaba divertíame en observar estas cosas, si no nuevas para mí, muy acordes al menos con los sentimientos que embargaban enteramente mi alma. Con mis piés, por más ligero que anduviese, sonaba el pajo-aquel nar de las cañas bravas; en cuanto ^{aquel} ~~ap~~penillo vivaracho y arisco me atisbase, de seguro comenzaría a ladrar, azorado el guardiero volvería la cabeza, y al ver a un blanco, a uno de sus amos tan cerca, otros quizas serían sus movimientos y palabras. Era necesario contemplarlo sin que él se apercibiese de mi presencia, era menester dejarlo libre al lado de su negruzco bohío, acallando el incesante ladrar de su fiel y único compañero, entre sus gallinas; no apagar ninguno de los colores con que así, en medio de tanta

IP
PATRIMONIO
DOCUMENTAL

///

soledad, con sus canas, su gorro de lana, sus sandalias de cuero crudo, sus pantalones y camisa de rusia, su bastón de caña brava, hablando solo o con el perro o las gallinas, era sin embargo, el alma de aquel cuadro interesante.

No sé, amigo mio, si tú alguna vez discurriendo en mañana alegre y fresca, al gotear de los árboles el rocío, ungida tu alma con pensamientos tiernos y apacibles sobre cuán bella es la naturaleza, cuán dulce es vivir, cuán santa cosa reir inocente al teñirse el cielo con los fulgores del día, pensando en tu madre, en los suspiros de la mujer que adoras, en tu patria; no sé si recorriendo los campos con el pecho abierto de esa manera a los gozces inefables de la poesía, has escuchado por ventura no lejos, pero sin saber donde, el hermoso gorjeo de un pájaro que acompaña con su melodía el murmurar de un arroyuelo, y que, habiendo sentido tus pasos, se calla de improviso. La voz del pájaro te ha embelesado, has sentido vibrar en tu alma mil cuerdas de oro, vibrar un instante, pero callar con aquel gorjeo; lleno de ansiedad, te has quedado inmóvil aguardando otro; pero todo ha seguido en profundo silencio. Mas tú ignoras si el pájaro estará detrás de aquellas mismas ramas que te estorban mirarlo; das un paso y te detienes, das otro, y al fin, separando las ramas, sacas la cabeza, y tus ojos anhelantes se dirigen acá y allá sobre los árboles de las orillas, hasta que tú mismo al caminar confiado en que estará más lejos, lo espantas del árbol donde cantaba, lo ves volar como una brillante esperanza que se te malogra, y percibes de paso solamente unas alas manchadas de varios colores, unos ojos redondos, vivos y relucientes, un cuello tornasolado, un pico de coral. Pero quieres realizar tu deseo y sigues pasito separando

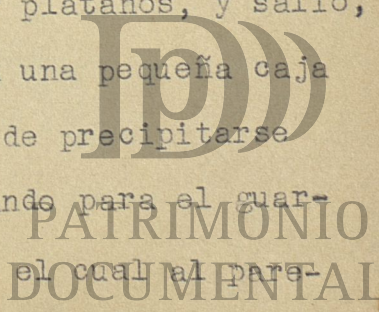
ramas, apenas moviendo la yerba, hasta que el pájaro, extasiado en su canto, despues que saltó de rama en rama y hubo bajado a beber agua desde el arbusto de la orilla, se deja observar a tu sabor. Lo miras; cuando has contemplado su espalda de seda, deliras porque vuele para verle las plumas del pecho, y cada movimiento suyo es un nuevo deleite para tí; si se rasca con el pico, el color de las plumas por dentro te encanta; y cuando vuela trinando y tú no lo alcanzas ya con la vista, al llegar a la casa de vuelta de tu paseo, es tu mayor placer contar qué lindo pájaro hallaste a orillas del arroyo, y qué trabajos te costó el observarlo.

Yo también he seguido un pájaro por ver sus plumas y escuchar su canto; pero te confieso que en aquellos momentos no era menos viva mi ansiedad. Lo apacible de la tarde había derramado en mi corazón las mas tiernas impresiones, y por común que en nuestros campos sea el bohío de un guardiero, presentía que se me esperaban instantes de gran placer. Eran ademas muy poéticos sus alrededores, muy adecuada la hora para gustar las bellezas del cuadro. El sol se estaba poniendo a la sazón, sobre el limpio abierto enfrente del bohío alumbraba todavía como el dudoso resplandor de un incendio, y aquí y allí veíanse largos listones de sombra producidos por el tronco de las palmas. En el bohío vara en tierra, fabricado al pié de un frondosísimo jagüey que se levanta orillas del río, casi a oscuras ya, percibiase como un fuego fatuo la pálida claridad de la llama que en ellos arde perennemente, y cuya luz iba tomando por momentos un color más vivo. En el limpio no había ni una yerba siquiera, porque el guardiero muchas veces, antes de comenzar o después que acababa de tejer canastas, le daba una mano con el machete, y todos los días lo barría con una escoba de

IPD
PATRIMONIO
DOCUMENTAL

palma. La tierra de allí era muy bermeja, y mucho más lo parecía por la verdísima yerba que circundaba el limpio. Este se halla rodeado de algunas palmas, de un bosquecillo de cañas de güin, y no lejos se deslizan las azules aguas del río. Las hojas de aquellas, estremecidas de vez en cuando por el soplo de la brisa, formaban un patético murmullo, que hacia más dulce el lejano y sordo resonar de las cascadas. A ocasiones sucedía a tan deleitable concierto un silencio sepulcral, y sólo se escuchaba el ruido leve de alguna hoja que cayera tropezando con las ramas, imágen triste de cómo nuestros días se van desprendiendo del árbol de la vida; y luego de repente ^volvían los murmullos tan suaves, tan melancólicos como los acordes de un arpa.

Después de haber ladrado siempre con la misma petulancia estaba echado junto al guano el perrito manchado de blanco y negro, y el guardiero, luego que destranó varias mazorcas, habíase sentado sobre el trozo de madera en que, tejiendo canastas para el ingenio, conversando con los ahijados y parientes, tocando la marimba, pasaba los años iguales de su vida. Dábale las últimas vueltas a una canasta, y sin interrumpir su tarea alzaba frecuentemente la vista para contar las gallinas que iban entrando una a una por la gatera. Así permaneció largo rato, hasta que concluída la canasta se levantó, colocóla sobre otras que tenía debajo del jagüey, y tapó en seguida la gatera con una piedra. Después entró en el bohío, le dirigió algunas palabras al manchado, que se levantó gruñendo y meneando el rabo; atizó la candela, puso a asar plátanos, y salió, arrojándole a aquel un poco de harina cocida, con una pequeña caja de madera en la mano; pero el manchado, en lugar de precipitarse sobre la comida, alzó la cabeza tristemente mirando para el guardiero como significándole que le diera otra cosa, el cual al para-

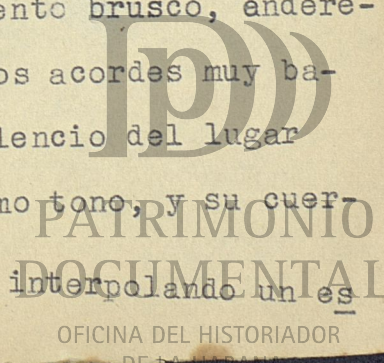


cer compadecido, mas riñéndole asperamente, sacó un pedazo de taja y se lo tiró en el suelo. El perrito lo devoró, se volvió a echar, puso la cabeza entre las manos, y clavó con aire de ternura y agradecimiento en el negro sus ojos llenos de inteligencia. ¿Acordábase quizás de que tres años antes una mañana en que el mayoral, habiendo separado dos cachorros no más, estrellaba los otros con bárbara frialdad en una cerca de piedra, y teniéndole ya asido por las patas, cruzó casualmente por allí camino a su bohío el viejo guardiero, y luego que lo vió, pensando que las frutas de la arboleda y muchas gallinas se las robaban por falta de un perro se acercó al mayoral, pidióle sumisamente el cachorro manchado que iba a morir, y aquel, no sin deseos todavía de matarlo como a sus hermanos, se lo había dado?

La escena del perro, amigo mio, hubo de interesarme mas por aquel cuadro tan sencillo, pero al mismo tiempo tan original. La caja que el guardiero llevaba en la mano era una marimba, a cuyo son lúgubre acostumbraba cantar por las tardes, bien cuando se sentía triste, bien cuando algun pensamiento alegre aparecía como el iris en su imaginación. Sentóse, a inmóvil como una estatua estuvo algún espacio con los ojos fijos en el suelo. Yo aguardaba, con una curiosidad mezclada de tristeza que no te puedo explicar, a que sus duros dedos tañesen los gruesos alambres, para escuchar los sonidos que sacaba, y sobre todo para ver cómo cantaba un negro que de tan anciano apenas podía dar un paso sin apoyarse en su bastón. Cuando menos lo pensaba, hizo un movimiento brusco, enderezó la marimba, y punteando los alambres sacó unos acordes muy bajos y entoñó un cantarillo, que sólo por el silencio del lugar podian escucharse. Cantó al principio en un mismo tono, y su cuerpo conservaba una misma postura; pero luego fué interpolando un as-

cer compadecido, más riñéndole asperamente, sacó un pedazo de tajo y se lo tiró en el suelo. El perrito lo devoró, se volvió a echar, puso la cabeza entre las manos, y clavó con aire de ternura y agradecimiento en el negro sus ojos llenos de inteligencia. ¿Acordábase quizás de que tres años antes una mañana en que el mayoral, habiendo separado dos cachorros no más, estrellaba los otros con bárbara frialdad en una acerca de piedra, y teniéndole ya asido por las patas, cruzó casualmente por allí camino a su bohío el viejo guardiero, y luego que lo vió, pensando que las frutas de la arboleda y muchas gallinas se las robaban por falta de un perro se acercó al mayoral, pidióle sumisamente el cachorro manchado que iba a morir, y aquel, no sin deseos todavía de matarlo como a sus hermanos, se lo había dado?.

La escena del perro, amigo mio, hubo de interesarme mas por aquel cuadro tan sencillo, pero al mismo tiempo tan original. La caja que el guardiero llevaba en la mano era una marimba, a cuyo son lúgubre acostumbraba cantar por las tardes, bien cuando se sentía triste, bien cuando algun pensamiento alegre aparecía como el iris en su imaginación. Sentóse en el trozo de madera, colocó la marimba entre las piernas, e inmóvil como una estatua estuvo algún espacio con los ojos fijos en el suelo. Yo aguardaba, con una curiosidad mezclada de tristeza que no te puedo explicar, a que sus duros dedos tañesen los gruesos alambres, para escuchar los sonidos que sacaba, y sobre todo para ver cómo cantaba un negro que de tan anciano apenas podía dar un paso sin apoyarse en su bastón. Cuando menos lo pensaba, hizo un movimiento brusco, enderezó la marimba, y punteando los alambres sacó unos acordes muy bajos y entonó un cantarcillo, que sólo por el silencio del lugar podían escucharse. Cantó al principio en un mismo tono, y su cuerpo conservaba una misma postura; pero luego fué interpolando un es



tribillo más triste, y cada vez que llegaba a él movía la cabeza como llevando el compás. El mismo tiempo que cantaba y tocaba, sonaban las hojas del jagüey, sonaba el río, sonaban las palmas y las cañas, haciendo tantas armonías juntas un concierto tris-tísimo que inútilmente se buscaría en otras partes.....

Pero levantemos la pluma, amigo mio. Las canciones del trapi-che han cesado, y seguramente es media noche y han mudado el cuar-to de prima. Abro la ventana y miro para el batey ¡qué hermosa no-che! Noches arrobadoras, espléndidas, yo os amo más que mi vida. Noches de amor, dulces noches ¡cómo se desliza la vida con voso-tras, cómo se espera con vosotras, como inspirais inocencia! Luce-ros, estrellas, luna, alumbrad. Nubes blancas de gasa, corred, que yo me embebezo contemplándoos. Murmuren tus hojas, mango frondoso, rosas de alejandría, exhalad vuestros aromas. ¡Ay, no-ches de Cuba, yo quiero morir mirándoos!

1843.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA